

El patio de mi casa. Literatura infantil en Castilla-La Mancha

FRANCISCO GÓMEZ PORRO

Escritor y crítico literario

En este breve extracto del epílogo del libro *Pajarito sin cola (Literatura infantil en Castilla-La Mancha)*, que será publicado próximamente por el Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades, el autor recrea los hitos principales de la creación literaria destinada a los jóvenes hecha en nuestra región, desde las iniciativas aisladas de los pioneros, hace más de medio siglo, a la situación actual, mucho más rica y variada, pero no exenta de alguna sombra.

La literatura infantil se nos presenta en Castilla-La Mancha como una actividad minoritaria, surgida al calor de la práctica docente, con escasa implantación en el conjunto de la producción literaria regional y nula repercusión en los medios de información.

En 1986, la Asociación Española de Amigos del Libro Infantil y Juvenil publicó *100 autores españoles*, censo que registraba la presencia de cuatro autores castellano-manchegos: el poeta José Luis Martín Descalzo (Madridejos, Toledo, 1930-Madrid, 1991), autor de un solo libro *Paco y su gata* (1983), diario de un niño que cuenta las tiernas relaciones que mantiene con un gatito encontrado en la calle; Rafael Morales (Talavera de la Reina, Toledo, 1919-Madrid, 2005), con *Dardo, el caballo del bosque* (1961); Fernando Martínez Gil (Toledo, 1956), que obtuvo el Premio Nacional de Literatura Infantil en 1979 por *El río de los castores* y Cecilio Alonso Pintado (Villarrubia de Santiago, Toledo, 1943), ganador de un accésit también del Premio Nacional en 1981, por *El curricán*, un libro que habla “del mar, de un barquito de vela y de un curricán, ese

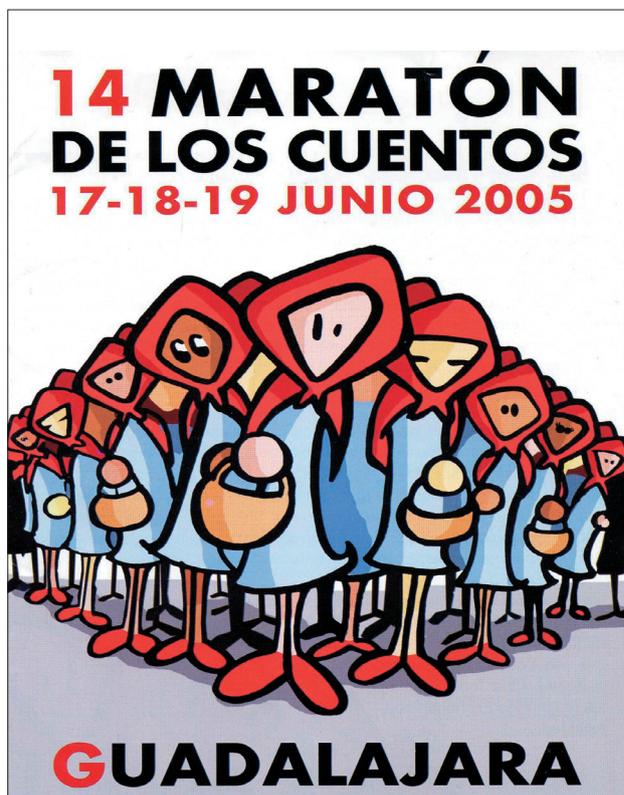
aparejo de pescar, al que la imaginación del protagonista -un niño- convierte en un ser vivo y único amigo en medio de la tempestad”.

En 1991, la misma asociación alumbraba un nuevo listado de *Autores españoles de Literatura Infantil y Juvenil*, donde a estos nombres, se sumaban los de los castellano-manchegos Manolita Espinosa (Almagro, ciudad Real, 1935), Alejandro Fernández Pombo (Mora, Toledo, 1930), Rodrigo Rubio (Montalvos, Albacete, 1931), Mariano Vara (Puebla de Almenara, Cuenca, 1955), Purificación Moreno Palomares (Tarancón, cuenca, 1955), y, por último, Moisés Ruano Martín (Mocejón, Toledo, 1945).

(...) No fue sino hasta comienzos de los años noventa del siglo XX cuando la literatura infantil en Castilla-La Mancha comenzó a mostrar signos de actividad. Fue durante esa década cuando se pusieron en marcha algunas iniciativas de suma importancia para invertir la tendencia.

En 1998, un nuevo monográfico, *Guía de autores*, viene a sumarse a los anterior-

I A fondo



Maratón de Cuentos de Guadalajara.

res, con la adición de dos nuevos nombres: Antonio Rubio Herrero (Puente del Arzobispo, Toledo, 1953) y Angela Vallvey (Ciudad Real, 1964).

Un somero repaso de tales registros separados por lapsos de tiempo de cinco y siete años, respectivamente, nos invita en primer lugar a subrayar ausencias como la de Federico Muelas (Cuenca, 1910-1974), poeta, autor de *Bertolín, una, dos, ¡tres!* (1962), novela publicada por la editorial Doncel que había comenzado su andadura como guión cinematográfico, obteniendo el Premio del Concurso Nacional de guiones en 1961. La historia del niño titiritero que recorre las tierras castellanas en la remota Edad Media contiene todavía hoy ese temblorcillo lírico de inocencia y desgracia que Muelas trasladó a lo mejor y más duradero de su obra. También, por la sencilla calidad de su inspiración podemos incluir sin sonrojo en

el ámbito de la literatura infantil, su poema navideño *Angeles Albriciadores* (1971). A estas tentativas, se suma *El niño que tenía un vidrio verde*, excelente en su género, con el que obtuvo el Premio de Cuentos de la Caja de Ahorros Provincial de Valladolid en 1942.

También ausente de los recuentos citados se encuentra Raúl Torres (Cañada del Hoyo, Cuenca, 1932), que debutó tempranamente en la literatura para los primeros lectores con *Ámbar, el cabritillo y Cabellos de luna*, a los que siguieron *El carro de fuego* (1969), galardonada con el Premio Doncel de Novela, en la convocatoria correspondiente a 1968 y unos *Cuentos de hadas conquenses* en fechas más recientes.

Por otra parte, tanto Federico Muelas como Raúl Torres han tributado con preferencia en otros géneros, circunstancia que comparte con José Luis Martín Descalzo, Rafael Morales y Rodrigo Rubio, si bien este último ha mostrado mayor empeño, con títulos muy significativos especialmente dirigidos a adolescentes, como *El amigo Dwunga* (1992), donde se narra la amistad de un niño procedente de la burguesía catalana y el hijo de una familia senegalesa; *Los sueños de Bruno* (1990), en el que se plantea un problema de integración social o *La puerta*, sobre el tema del padre que abandona su hogar para buscar a su hijo perdido.

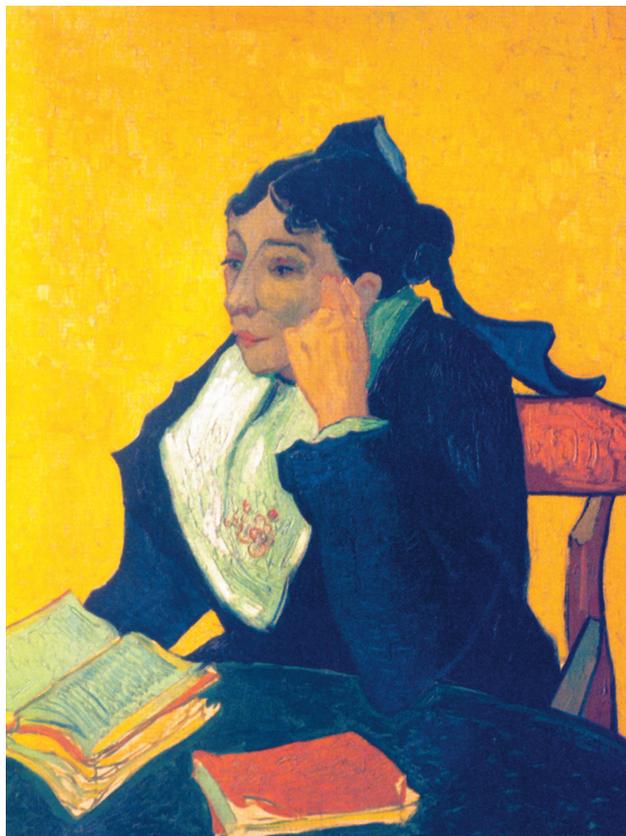
Más inexplicable resulta la ausencia de Francisco Payo (1952), que había obtenido un accésit del Premio Nacional de Literatura por *El canario que llegó del sur*, en 1981; es decir, el mismo año que el también toledano Cecilio Pintado recibía a su vez un accésit del mismo premio por *El curricán*.

Lo que parece claro es que al margen de los empeños personales, no fue sino hasta comienzos de los años noventa del siglo XX cuando la literatura infantil en Castilla-La Mancha comenzó a mostrar signos de actividad. Fue durante esa década cuando se

pusieron en marcha algunas iniciativas de suma importancia para invertir la tendencia. El Maratón de Cuentos de Guadalajara y la colección de literatura infantil Calipso, de la Diputación de Ciudad Real, son algunos de los referentes surgidos por aquellas fechas.

El primer Maratón de Cuentos de Guadalajara se celebró el 23 de abril de 1992 sobre la base del proyecto sustentado por Blanca Calvo, directora de la Biblioteca Pública de Guadalajara y alcaldesa de la ciudad entonces y Consejera de Cultura en la actualidad, que junto a Estrella Ortiz y un equipo de lectores, dieron forma a este evento cultural donde el cuento, se adentra en la corriente de la vida ciudadana, alterándola positivamente y transformando el espacio urbano en un escenario vivo. En 1993, el Maratón se celebró en el Palacio del Infantado, sede de la Biblioteca Pública de la ciudad, logrando inscribirse en el *Libro Guinness de los récords* con un tiempo de treinta y seis horas y media. En 1997 nació el Festival de Narración Oral, que sirve para divulgar los espectáculos más novedosos, y en 2001 el Maratón alcanzó una dimensión europea. A esta actividad participativa, cada año más compleja, se debe la aparición del “cuentacuentos” en nuestra región, figura fundamental no sólo para la transmisión de la literatura en general, sino muy especialmente, para la literatura dirigida a los niños.

El contador de cuentos actual tiene una gloriosa tradición tras de sí que le emparenta con los antiguos bardos celtas, con los aedas griegos y los juglares medievales, con los ciegos de pliegos de cordel, el cuentista de las medinas y de los zocos árabes. Estrella Ortiz escribe en *Contar con los cuentos* -un excelente compendio de sus experiencias narrativas-: “Al narrar un cuento empleamos nuestras palabras, que pueden ser diferentes cada vez lo que contamos”. El cuenta-cuentos no sólo cuenta lo que recuerda,



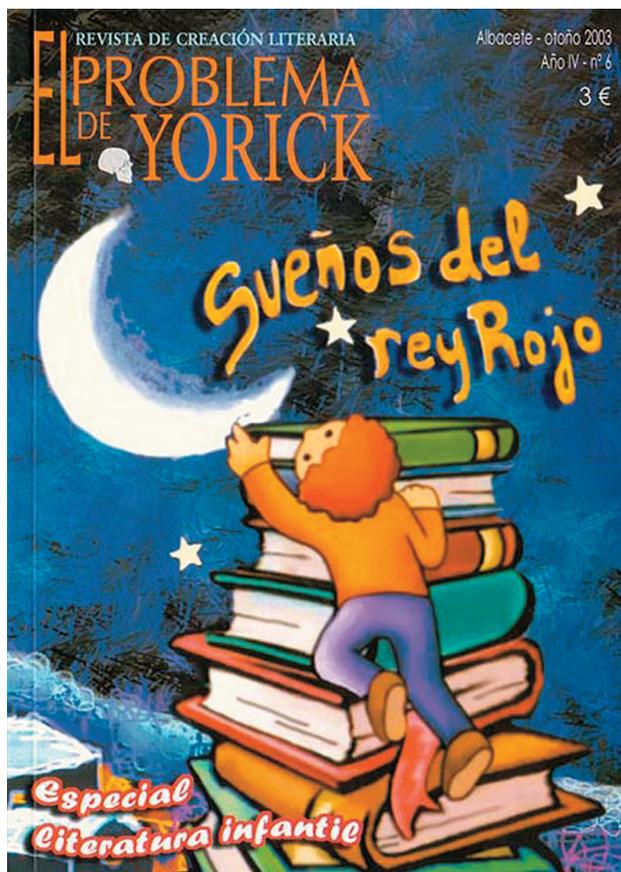
V. Van Gogh: *La arlesiana*. 1888.

lo que ha recibido de otros, o lo que lee y quiere transmitir a los demás, sino que presta atención a lo que vive cada día, las historias que escucha, ve y experimenta en el fascinante mundo de la cotidianidad.

(...) La literatura infantil no es sólo el resultado de una provechosa alianza entre creatividad y mercadotecnia, sino una tradición literaria, que exige el amor del conocimiento y los cuidados de la divulgación honrada.

Por otra parte, sólo una aventura editorial de titularidad pública ha prosperado en la región durante estos años con ciertos visos de continuidad. Se trata de la Colección Calipso de literatura infantil puesta en marcha por José Luis Loarce, en

I A fondo



Portada de la revista *El problema de Yorick*.

la órbita de la Biblioteca de Autores Manchegos, de la Diputación de Ciudad Real. La Colección Calipso fue inaugurada a principios de la década de los noventa con *Viaje al sol desde el Tornasol*, de Manolita Espinosa, autora que desde la Biblioteca Pública Municipal de Almagro desarrolló una importante labor divulgativa de sus poemas y textos para niños, gratificada al cabo de los años por la aparición de algunos escritores que reconocen en ella su carácter pionero en la divulgación de la literatura infantil.

Por su parte, la Universidad de Castilla-La Mancha puso en movimiento el Centro de Estudios de Promoción de Lectura y Literatura Infantil, bajo la dirección de Pedro Cerrillo. Esta institución “tiene como objetivo básico el fomento y

la promoción de los estudios, la formación y las investigaciones en dichos campos, tanto en el ámbito regional como en el Nacional”. Dispone de una biblioteca especializada creada a partir de la oportuna adquisición de los fondos de la biblioteca personal de Carmen Bravo Villasante. Además, cuenta con una biblioteca digital con el expresivo título de *Colorín Colorado*.

Entre los empeños solitarios debe constar el número 6 de *El problema de Yorick*, revista de Albacete que dirige el escritor Eloy Martínez Cebrián.

En cualquier caso, por escasa que sea la presencia de autores castellano-manchegos en los recuentos anteriormente citados, resulta de suma importancia en tanto que revela una tendencia germinal, quizás desaprovechada en su momento por los distintos actores implicados para nuclear un interés compartido, generador de propuestas y de producción suficiente como para invertir el signo.

Merece destacarse la labor que desde hace años llevan a cabo asociaciones e instituciones para acrecentar el número de lectores, base sobre la cual es posible la aparición de un tejido editorial en el futuro.

Esta progresiva atención por el libro infantil data de principios de los años ochenta del siglo pasado, gracias a los planes de actuación desplegados por las grandes editoriales en colegios, bibliotecas y centros culturales, con la cooperación necesaria de un profesorado receptivo, sensibilizado ante la necesidad de fomentar la lectura como elemento clave de la práctica educativa.

Pero estas estrategias, válidas hasta donde lo son los productos que promocionan, tienden a ignorar, entre otras cosas, que la literatura infantil no es sólo el resultado de una provechosa alianza entre creatividad y mercadotecnia, sino una tradición literaria, que exige el amor del conocimiento y los cuidados de la



divulgación honrada. Ante el inmenso potencial económico de la escuela, el mercado no ahorra esfuerzos para introducir contenidos transversales en sus productos, de manera que resulten interesantes para los profesores y atractivos para los alumnos. Esto da lugar a la hiperinflación de didactismo que aqueja en la actualidad a buena parte de la producción, lo que sirve de reclamo a muchos autores que se agrupan en torno al banderín de enganche de la literatura infantil pero en los que se aprecia una lamentable ignorancia en sus propuestas, desprovistas del más mínimo interés literario.

De este modo, nos hallamos en la actualidad con autores como los cuentacuentos sin muchas posibilidades de plasmar editorialmente sus relatos y, por otro lado, con autores de primeros libros, sin una motivación saludable que aliente su continuidad. Esta circunstancia, que debemos atribuir a la conjunción de varios factores, se acentúa ante un panorama editorial regional fluctuante, la fal-

ta de una crítica especializada, el desinterés de los medios de comunicación y, sobre todo, la falta de una relación efectiva entre los distintos eventos y protagonistas involucrados con el mundo del libro infantil.

Pero tampoco en esto conviene ser muy tajante, cuando de Castilla-La Mancha se trata, pues no ha sido hasta hace muy poco cuando se han conseguido alcanzar niveles óptimos de dignidad, a través de los espacios bibliotecarios y la labor abnegada de numerosos profesionales comprometidos con la difusión del libro. Autores de relatos y poesía para niños como Estrella Ortiz, Nieves Fernández, Antonio Rubio, Manolita Espinosa, Pep Bruno, Francisco Payo, Mariano Vara, Sagrario Pinto, Carmen Matute, Fernando Martínez Gil, Victoria Martín de Almagro o Alejandro Fernández Pombo nos permiten confiar en un futuro más prometedor para la literatura infantil en particular, y para la literatura en general. ●